
AL SEÑOR DONOSO, remitiéndole un ejemplar de la obra titulada
MÉDITATIONS ET ETUDES MORALES.

Noviembre 24 de 1851.

SEÑOR Marqués: Allá va un libro, que acaso logre interesar á Vd., y con cuyo ofrecimiento le pago una antigua deuda.

Hemos pensado mucho los dos en unas mismas cosas, y ambos caminamos hácia un mismo término por sendas, sino idénticas, paralelas cuando menos. Para los tiempos que corren, ya es esta no poca unidad.

Dígnese Vd. con este motivo, acoger de nuevo las seguridades de mi mayor aprecio y profunda estimacion.

Guizot.

AL SEÑOR GUIZOT.

PARIS, noviembre 28 de 1851.

HE recibido la nueva obra que se ha servido Vd. enviarme, juntamente con la apreciable carta que la acompaña.

Un nuevo escrito de Vd. es siempre una nueva luz para todos los entendimientos. El presente me propongo leerlo con toda la atencion que acostumbro en cuanto sale de su pluma siempre grave y erudita; seguro como estoy de hallar en sus palabras algo que se apodere de mi espíritu, y que agite profundamente mi alma y mi corazon.

Con este motivo aprovecho la ocasion de reiterar á Vd. mi mas sincero y respetuoso afecto.

JUAN DONOSO CORTÉS.

CARTAS Á UN AMIGO.

PARIS 19 de Abril de 1851.

QUERIDO mio: Con gratitud y ternura he visto lo que Vds. trabajan por poner á salvo la verdad en punto al recibimiento que mi pobre persona ha merecido en estas tierras. Yo no habia querido hablar á Vd. de eso, porque en rigor no valia la pena, y porque nunca me ha gustado obrar como farsante. Pero ya que tiene usted tanto interés en saberlo, solo le diré que no sé de ningun diplomático extranjero que haya sido mejor recibido en Paris por todas las clases de la sociedad, y señaladamente por las altas. Todos los salones, incluso el de la Princesa de Lieven, que es el primer salon político del mundo, abierto á poquísimos escogidos, se abrieron para mí, aun antes de haber presentado mis credenciales, y cuando solo podia anunciarme como *Donoso Cortés*. Esta es la verdad, toda la verdad, y nada mas que la verdad.

El *caritativo* parrafito de la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, relativo á mí, de que Vd. me habla, sé de positivo que se puso sin saberlo el director, que está enfermo. A tiro de ballesta se conoce que no es su autor un francés: brilla en él demasiado el odio español. ¡Dios santo! ¿y á quien odia esta gente? á un hombre que jamás ha hecho mal ni aun á sus enemigos; á un hombre que no ha querido

ser Ministro, cabalmente por no hacer á nadie ni aun aquel mal que en los que gobiernan es muchas veces justo y obligatorio; á un hombre de cuya boca, ni siendo de la oposicion, ni siendo ministerial, salió jamás una personalidad. Dios los perdone. Si me atacan, no por eso me defenderé. Mi vida es demasiado pura para que yo la defienda.

Pero de todas maneras, mi dolor es muy grande al comparar el modo que tienen de tratarme en mi patria con las distinciones que estoy debiendo á los estrangeros. Lo que conmigo pasa, no es mas ni menos que uno de tantos síntomas como revelan el lamentable estado de ese pais. Eso está perdido del todo: ahí no hay mas que una lucha de vergonzosas personalidades, y una caza perpétua en la que unos pocos de hombres se pelean sobre cuál caza mas. El liberalismo y el parlamentarismo producen en todas partes los mismos efectos: ese sistema ha venido al mundo para castigo del mundo: él acabará con todo, con el patriotismo, con la inteligencia, con la moralidad, con la honra: es el mal, el mal puro, el mal esencial y sustancial. Eso es el parlamentarismo y el liberalismo. Una de dos: ó hay quien dé al traste con ese sistema, ó ese sistema dará al traste con la Nacion Española, como con toda la Europa. Pero yo temo que entre en los designios de la Providencia que ese mal no pueda ser estirpado sino por otro mayor; para ese mal mayor se preparan tal vez las sociedades.

En ese caos no se pueden dar consejos. Afortunadamente los que pensamos como Vd. y yo, no tenemos eleccion. Por lo que á mí hace, nada tengo que disponer, porque por ahora no pienso ir á España: si fuera, seria para decir todo á todos.

Adios amigo mio. Vd. sabe cuán de veras le quiere su afectísimo

Doxoso,

PARIS 4.º de mayo de 1851.

MI querido amigo: Voy á referir á Vd., aunque no sea mas que en abreviadísimo resúmen lo que pasó en la entrevista que he tenido con el Príncipe de Metternich. La grandeza del papel que este célebre personaje ha desempeñado en el mundo; hace que todo lo que con él tiene relacion, sea siempre muy interesante.

El Príncipe me recibió con el agasajo mas cumplido: yo por mi parte saludé con la veneracion mas profunda aquella ruina, todavía magestuosa, de otra edad y de otros tiempos. Un hombre que ha sido Ministro durante treinta y nueve años en el siglo décimo nono; que, durante este larguísimo período, ha sido el árbitro supremo de uno de los mas bellos imperios del mundo; que se ha mezclado en todo, y ha influido en todo; que ha intervenido en toda clase de guerras, en todas las paces, en todas las alianzas; que ha sido uno de los mas grandes arquitectos del edificio político de Europa; y que, caido y todo como está, influye todavía poderosísimamente en los consejos de los Príncipes, es un espectáculo que infunde naturalmente grande reverencia y profundísimo respeto.

La fisonomía del Príncipe es á un mismo tiempo agradable y tranquila: sus facciones son bellas aun, y su belleza está en su pro-

porcion hermosa. Habla mal el frances, y le habla muy despacio: habla mucho; porque es viejo; pero las cosas que dice son buenas, aunque son muchas: alguna vez habla de lo futuro, pero casi siempre de lo pasado:

Comenzó por referirme la historia de su vida, que es la historia del siglo presente. En ella es notable el principio y el fin. Apenas salido de la infancia, tuvo por ayo y maestro á un francés llamado Simon, amigo íntimo de Robespierre y Presidente del Comité Decemviral, que dirigió la célebre y lamentable jornada de agosto, en la que acabó la Monarquía. El jóven Metternich debia de ser incorruptible, cuando no fué entonces corrompido. La influencia de la educacion, sin dejar de ser grande, ha sido exajerada, señaladamente por los políticos griegos: hay organizaciones que son desde luego lo que han de ser en adelante, sin que ningun género de educacion sea poderoso para corregirlas ni para mudarlas: acontece esto sobre todo en aquellos hombres que la Providencia escoje como instrumentos de sus inmutables designios. En la misma escuela en donde otro hubiera apurado, hasta convertirle en su propio jugo, el veneno democrático, aprendió Metternich á conocer la democracia y á aborrecerla: siendo digno de notarse que por lo general los que mejor combaten á un enemigo, no son los que le aborrecen, sino los que le conocen. Metternich y Mirabeau son los testimonios mas insignes de esta verdad, entre cuantos nos presenta la historia contemporánea. Metternich, que desde niño conoció á la democracia como á su propia madre, es el hombre que ha dirigido contra ella los golpes mas certeros: Mirabeau, que era nobilísimo por su sangre y por su educacion cortesana, acabó con la aristocracia, y desmanteló la Monarquía. A este propósito recordaré aquí, en comprobacion de la misma verdad, que Voltaire, el enemigo personal y jurado del Señor, fué el hombre de su siglo que mas frecuentemente hojeó las Santas Escrituras, siendo de opinion que el buen abogado no era aquel que leia constantemente lo que á su parte era provechoso, sino aquel que tenia siempre á la vista los autos de la parte contraria.

Por lo que hace al fin de su carrera pública, el Príncipe de

Metternich afirma que se retiró del poder, no porque la Monarquía tuviera enemigos, y esos armados, sino porque en el momento supremo aflojaron sus defensores. El Príncipe aconsejó la represion inmediata de la insurreccion, represion que en su sentir era posible y hacedera: en los altos consejos, sin embargo, prevaleció la política de las concesiones, y el Príncipe se retiró ante esta política, que tuvo por desastrosa.

El Príncipe no puede hablar sino apoyado en fórmulas, que ponen de relieve su pensamiento, y en comparaciones y símiles, sacados de las cosas vulgares, que contribuyen á hacerle mas perceptible. Hablando del sistema de concesiones, dijo, que toda concesion es un gasto; y que los gastos son de dos maneras, segun que tienen por objeto la renta ó el capital: que el que gasta la renta para salvar el capital, hace bien; pero que el que gasta el capital para salvar la renta, se arruina. Aplicando estos principios al caso en cuestion, dijo: que las concesiones administrativas son aquel gasto sobre la renta, que contribuye muchas veces á salvar los capitales: pero que las concesiones políticas son aquel gasto sobre el capital, que conduce derechamente á la bancarrota y á la miseria.

El Príncipe dice que ha mirado siempre con horror y desvío la política; y que su mala estrella le ha obligado á ser hombre público contra todos sus instintos: que él hubiera sido un buen profesor de matemáticas y de ciencias naturales, para las que reconoce en sí grande disposicion y grande apego: que los vendavales y la voluntad agena le han obligado á ser otra cosa diferente.

Por lo general, no se da crédito al que afirma de sí propio que tiene en aborrecimiento la vida pública, y que, á poder seguir sus gustos, preferiria la privada. Yo he sospechado siempre lo contrario de lo que el mundo sospecha: yo estoy inclinado á creer á todo el que me dice: «Tengo en detestacion el ruido; quiero la paz y el descanso:» sin que se altere mi creencia al considerar que pocos de los que esto dicen lo hacen; persuadido como estoy de que el hombre está condenado á hacer aquello que le enoje, y á dejar de hacer aquello que apetece: de la misma manera que co-

noce el bien, y le aprueba, y sin embargo, no le hace, sin que el no hacerle pruebe gran cosa contra su aprobacion y su conocimiento; mientras que conoce el mal, y le aborrece, y sin embargo, le ejecuta, sin que su ejecucion pruebe que ni le aborrece ni le conoce.

Las cosas de Alemania fueron despues el asunto preferente de la conversacion. El Príncipe, siguiendo su costumbre, me hizo una relacion circunstanciada y minuciosa de todo lo ocurrido en el Congreso de Viena, viniendo á parar despues en las complicaciones actuales. Me dijo que no habia que temer nada por aquel lado: que la reconciliacion del Austria y de la Prusia era ya un hecho, si bien faltaba todavia por arreglar algunos pormenores. Volviendo aquí á sus comparaciones y símiles, dijo que la Confederacion era un edificio, y el Austria y la Prusia los arquitectos: que los arquitectos no disputaban ya sobre la naturaleza y forma del edificio, estando sobre estos particulares perfectamente de acuerdo; que la disputa ahora versaba sobre la manera de amueblarle. Llegado aquí, manifestó una opinion singular, en apoyo de la cual trajo su comparacion correspondiente. En su sentir, el Austria debe desistir del propósito de entrar en la Conferencia con todos sus Estados; propósito que sobre no estar exento de complicaciones Europeas, va derechamente contra el interés del Austria. Dijo que el Austria es, como Rostchild, un gran banquero: que, como él, desea entrar en sociedad con otros banqueros para su negocio especial, al que no alcanzan las fuerzas individuales: el fin de la sociedad es la estirpacion de la revolucion en Alemania. Ahora bien, dice el Príncipe, así como Roschild seria loco si en vez de poner en una compañía formada con un objeto especial la parte que la corresponde, entrara en ella con toda su fortuna, hasta el punto de dejar de existir como banquero independiente, de la misma manera seria en el Austria insigne locura poner en la compañía Alemana todo cuanto tiene, sin reservarse para sí nada de lo que puede constituirle en un Imperio separado, dejando absorberse así en la personalidad colectiva su propia persona.

De la Europa en general el Príncipe no está lejos de pensar

lo mismo que yo pienso. Del Piamonte dice, que su ruina es cierta; y de la Francia, que no ve ningun porvenir ni ningun horizonte; que en ella toda la armazon del cuerpo social está por el suelo, y que él no conoce quién pueda levantarlo, poniéndolo en su conveniente equilibrio.

Me preguntó si Mr. Guizot y yo nos tratábamos; y como yo le contestara que nos unian vínculos estrechos de amistad, me dijo: Así debe ser: *Mr. Guizot est un bon garson qui revient á la verité.* En otra ocasion, hablando del mismo personaje, dijo: que no era hombre de principios; aunque era hombre de sistema; y que no debian confundirse estas dos cosas: que un sistema es como un cañon puesto en un hueco estrecho de un muro, para librarse del cual basta ponerse á un lado, y evitar la linea recta; mientras que los principios son como un cañon giratorio, puesto al aire libre, el cual vomita fuego contra el error en todas direcciones.

Lo que distingue sobre todo al Príncipe, es la probidad política, y su buen sentido imperturbable: de lo único que se alaba, es de haber sido siempre el mismo, y siempre honrado. Sin ser uno de aquellos espíritus eminentes que vuelan en las alas de las concepciones mas gigantescas y atrevidas, alcanza á la misma altura que ellos, á fuerza de observaciones y de un estudio asídúo de las cosas menudas. Él solo posee en su integridad la historia del siglo presente.

Despues de haberme invitado con el mayor cariño á comer, invitacion que creí deber rehusar pretestando un compromiso anterior, tuvo la bondad de ofrecerse enteramente, y de manifestarme el gusto que tendria en conservar conmigo relaciones amistosas.—Yo soy, me dijo, un libro voluminoso en donde estan consignados todos los grandes hechos de este siglo; cuando Vd. quiera, me pongo á su disposicion para que me hojee desde la primera á la última hoja.—

De Vd. siempre afectísimo

Donoso.

PARIS 15 de mayo de 1851.

MI querido amigo: Con mucha pena y no sin estremecimiento veo los permenores que me da Vd. en su última, acerca de la situación de ese país, aunque en ella no me dice Vd. nada que yo no sepa ó presuma, aun mejor que los que están Vds. ahí: la distancia es necesaria para la perspectiva. Sí, ese país está perdido, perdido del todo, perdido sin remedio; y la Europa tampoco lleva mejores trazas de ganarse.

El partido moderado español, que hasta ahora ha sostenido el orden público, me parece que está definitivamente disuelto, obedeciendo de esta manera á la ley, en virtud de la cual el mismo movimiento de disolucion se observa en todas partes. Intento vano seria atribuir á causas especiales esta disolucion: las causas son generales, porque el fenómeno es general; las causas son europeas, no son de ningun modo españolas. En España como en Italia, en Italia como en Francia, en Francia como en Inglaterra, todos los antiguos partidos se disuelven rápida y simultáneamente. El gran resultado, el resultado definitivo de este concurso de disoluciones, me parece ser la formacion próxima de dos unidades contradictorias; la unidad democrática, por un lado, y la

monárquica, por otro. Todo lo que está en medio de las dos, me parece condenado á perecer irremisiblemente.

Ignoro lo que ese Gobierno hará en tan lamentables circunstancias: á nosotros solo toca señalar á su atencion este fenómeno, á un mismo tiempo local y general, español y europeo, para que dándole la importancia debida, resuelva en su prudencia lo mas conveniente. Solo diré que habria un gran peligro, porque habria un grande error, en creer que el partido democrático de España es hoy lo que fué ayer. Ayer apenas era una pandilla; hoy es un partido formidable: ayer se componia de algunas docenas de personas; hoy de todo el partido progresista, menos sus gefes, que eran cabalmente los que le contenian dentro de los límites legales y parlamentarios: por la misma puerta por donde sus gefes han salido, han entrado los proletarios y jornaleros: de manera que al mismo tiempo que pierde con sus gefes su prudencia, gana con sus nuevos soldados una salvage y destructora energia. Vd. verá antes de mucho tiempo á *El Clamor Público*, representante verdadero de los instintos progresistas, pasarse con armas y bagages á los Reales Democráticos; así como verá infaliblemente á *La Nacion* desaparecer de la escena política por falta de suscritores.

Al mismo tiempo verá Vd. otro fenómeno, al partido moderado fraccionándose cada vez mas, hasta el punto de no encontrar dos de sus individuos que piensen de una misma manera. Motivos sacados del miedo ó del interés podrán reunir por algunos momentos esos átomos que tienden á separarse con una fuerza centrifuga irresistible: pero esos momentos pasarán con rapidez, y con ellos las últimas esperanzas de ese partido, que en los dias pasados fué un partido glorioso.

En medio de ese caos, quizás lo mejor para Vd. seria ver venir y dejarse llevar: no se agite Vd. estérilmente: deje Vd. obrar al que obra todas las cosas, sin necesidad de nuestras estériles agitaciones.

Suyo, como siempre, afectísimo,

Donoso.